

Andrey Akimov

WHITE WINGS

01.06 - 22.07.2023

El fotógrafo Andrey Akimov comenzó su carta mencionando una canción, un éxito de los años 70, "White Wings". Escuchándola, se experimenta una disonancia: una melodía ligera y agradable, y un texto trágico sobre un amor irrecuperable que se ha ido, un ritmo alegre, y la voz quebrada de la primera intérprete de la canción. El disco se grabó en una época en la que se creía en las masas de hormigón del brutalismo y las chicas llevaban vestidos cortos y peinados altos. En primavera el corazón se apretaba al ver nevar los pétalos blancos de los árboles en flor, y ante este sentimiento ordinario y eterno de nostalgia por el cambio de estación, toda la moda desvanecía, como si las luces del escenario se apagaran y sólo un foco iluminara lo más importante: los pétalos que caían, contando los momentos pasajeros de nuestras propias vidas.

Como perlas blancas que cuentan la fatalidad, los granos ingravidos de las escamas de las alas de las mariposas dejan huellas en el terciopelo negro de las fotos del artista.

Akimov empezó White Wings después de su trabajo con fósiles en la serie The Fossil, que presentaba rizos barrocos de conchas y ondulaciones estratificadas de piedras -el arte del Creador- millones de años antes de la llegada de la era barroca. Esta serie, al igual que el anterior, se basaba en la sobredimensión de los objetos. The Fossil nos acercó a la idea de la abolición del tiempo, o más bien a la supresión de su linealidad: nos encontrábamos dentro de una espiral, donde pasado y presente se yuxtaponían como los anillos anuales de un árbol que crece simultáneamente en todas direcciones, hacia arriba, hacia fuera y enraizado en las negras profundidades.

Durante la cuarentena inició una nueva serie, cuando la célula especulativa de la hipótesis matemática de la anulación del tiempo, en un solo instante, se realizó y se hizo duradera.

Todos nosotros, mientras estábamos encerrados, tuvimos una experiencia existencial atemporal con nuestros propios recuerdos. La paradoja de la pandemia no tenía fin.

La nueva realidad consistía en una vida sin las marcas de un camino, se había perdido, comprimido al tamaño de una habitación-jaula.

Literalmente, todos pasamos por la experiencia de una cadena perpetua. En ese momento, Andrey vio en los especímenes de lepidópteros desmoronados por la dilapidación, una metáfora de los recuerdos sensuales: cuando se acercaban, en un momento de exaltación, se volvían intimidadores, capaces de consumirse, ardiendo con el poder de los sentimientos vitales, pero al retroceder hacia el pasado, se volvían fríos, muertos, deshaciéndose en un fino polvo blanco.

En 2020, el artista no podía saber, sólo anticipar, cómo se comprime el tiempo y se nos impone nuevos significados: después de la pandemia vino la guerra. Las redes blancas, las fibras blancas de partículas del cuerpo vivo sacudidas sobre el terciopelo oscuro empezaron a parecerse a vendas. No servirían tanto para curar heridas, sino para cubrir, ocultar al observador los horrores de la carne abierta que grita de dolor en el umbral de la muerte, la oscuridad se abre.

Se expande, llenando con su omnipresencia todo lo que le es accesible, no tiene dimensiones, ni tres espacios, ni cuarto tiempo.

En las fotografías de mariposas de Akimov, el fondo negro se convierte en un personaje aterrador, al que sólo una fina red, partículas ingravidas de escamas desmenuzadas, impide el contacto con el mundo del espectador.

En sus fotografías, si nos alejamos de sus propias alusiones, aunque importantes como prueba histórica del momento de la creación, resuena la poesía de Osip Mandelstam: fue él, el primer poeta ruso, quien dio nombre al siglo actual: la edad-lobo. La época en la que llega lo que da más miedo que el miedo: ya no vienen los lobos en la noche, sino aquellos que son más fuertes, más poderosos, a través de los cuales emerge el salvajismo más salvaje en su oscuridad infinita.

El pequeño poeta con sus palabras, como fragmentos dispersos de polvo de estrellas, hiriéndose de sangre, salpica la negrura de la desesperanza, creando una barrera de luz entre nosotros y ella. Akimov tiene su propia arma de luz: pequeñas escamas de alas de mariposa. Entre las heroínas aladas, que tras su muerte también entregaron sus cuerpos por una buena causa, están aquellas a las que los antiguos llamaban lobeznas [lupina], están las diosas [divina], están las vírgenes del antiguo Parnaso y del Olimpo: Perséfone, Hécate, Leto, Febe, - sus nombres, guardados por los entomólogos como conjuros, el fotógrafo los lleva a los títulos de las obras.

En el negro minimalista (¿qué es más importante para nosotros en estas imágenes, el fondo o la barrera entre el y nosotros?) de las fotografías de Andrey Akimov el tiempo se revela: desde la oscuridad de la crueldad, que durante siglos fue considerada brutal (la especie humana, ha superado a todos en salvajismo y sinsentido del asesinato), hasta lo divino.

Lupina et Divina

Irina Chmyreva